

que ésta intuición es "a la par ontológica y axiológica" y que "... Contrastado con la potencia pasiva, el acto es lo mejor, y tanto más cuanto menos tenga de aquella, de suerte que en el Acto Puro ser y valor se identifican, ambos en su más alto momento". Quizá si nosotros tuviéramos que hacer la elección a que se ha obligado el Dr. Gómez Robledo, escogeríamos la intuición dialéctica de la que es corolario el Acto Puro.

No podía faltar en una traducción Aristotélica efectuada por pensador católico, la consiguiente acometida contra Kant, que ha hecho "... tragar a los filósofos cosas enormes que jamás habrían engullido de habérselas dado otro que un filósofo alemán". Y estas enormidades son la confusión, según nuestro comentario "entre el eudemonismo de Aristóteles y el hedonismo de Aristipo", y la de ser una "sombria y grandiosa ética del Deber", propia de la sociedad burguesa corrompida que no "ha conocido otras vivencias que la del placer sensual llevado hasta la exasperación o la del deber sin límites al servicio de una comunidad que le reclama todo sin molestarse en persuadir a la inteligencia". Es innecesaria la apelación que Kant hizo de la libertad y de la necesidad de Dios, que seguramente, el Dr. Gómez Robledo ha querido olvidar.

Volvemos a nuestro principio para reiterar nuestro agradecimiento por esta traducción limpia y legible, sin que olvidemos que *si los hombres son amigos, está de más la justicia*.

MAURICIO MAGDALENO, *El ardiente Verano*. Letras Mexicanas, 17. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 238 pp.

Integran este volumen trece cuentos, el primero de los cuales da su nombre al libro. El nombre del autor está ya consagrado como novelista y cuentista, pues desde hace cosa de veinte años viene cultivando el relato, con éxito parejo en sus distintas manifestaciones.

Los temas que el autor prefiere son los que están conectados con la Revolución mexicana, que tan copiosa bibliografía ha acumulado. Y como para mostrar que el venero tiene aún mucho de utilizable, en ocho de los cuentos agrupados en este libro, Magdaleno utiliza asuntos que giran alrededor del fenómeno revolucionario. "Las víboras" y "Palo ensebado" se desarrollan en los tiempos inmediatamente anteriores a la lucha armada, en ese campo tranquilo pero explotado, en que se escribieron tantas his-

torias de ignominia y explotación. En ellos se destaca, por encima de todo, el carácter firme, austero, de entereza masculina, pero también feudalista y cruel, de dos hacendados poderosos. En verdad su tamaño se acerca mucho a las dimensiones de los personajes centrales, por el trazo firme y sostenido con que están dibujados y que les hace predominar en cierto sentido sobre todos los demás. "Cuarto año", "Las carretelas", "El caimán", "El héroe de Peñuelas", "Teponaxtle" y "Leña verde" tienen por escenario a Aguascalientes y a otras poblaciones pequeñas del centro del país; todos tienen algo que ver con algún episodio de la lucha, con la Convención revolucionaria o con la rebelión llamada de los cristeros, es decir, todos ellos están dentro de la órbita de la Revolución. En cambio, se sitúan en época posterior y podrían denominarse urbanos "Estrellas de noviembre", "Pasos a mi espalda" y "Viernes Santo en Ixtapalapa"; "El ardiente verano" tiene su inspiración en la aventura de los mexicanos desarraigados de su país que se instalan en Estados Unidos de Norteamérica y es, junto con algún otro, el único que presenta un desenlace feliz.

El mérito mayor del libro reside en la estructuración de las narraciones. El autor domina la técnica del relato y tiene un sentido muy justo de las proporciones. Nunca queda la acción en el aire, ni deja de pesar esa conexión interna que presta unidad a cada obra y que tan difícil es de alcanzar, porque implica el dominio cabal de los personajes y su ubicación exacta en la trama así como la intensidad y duración de los episodios. En este sentido el control de la pluma es completo, y lo mismo sucede en la conclusión que en cada caso se siente en su lugar y que resuelve, cuando el desarrollo del cuento lo exige así, las complicaciones que han ido surgiendo al correr de la trama.

Entre los personajes hay de todo: hacendados de porte y comportamiento señoriales, campesinos subyugados a un amo, o levantados en armas que sufren el rigor del bautismo de fuego; maestros de escuela, alumnos a punto de salvar la barrera definitiva que separa a la niñez de la adolescencia, soldados de fortuna, bandoleros, hombres de empresa, fonderos y quincalleros, etc., lo que en cada caso presta variedad a las escenas aunque coincidan a veces los escenarios y, también, la dimensión espiritual propia de cada personaje que siempre es determinante. Nadie puede dejar de lamen-

tar, aunque sólo sea en su fuero interno, la fatalidad que abate la vida apasionada del oficial Redín, ni de aplaudir la entereza del mayor Máximo, personaje que merece ser el protagonista, ya no de un cuento, sino de una novela.

Por lo general, en estos cuentos campea la miseria, que con mucha frecuencia se complica con la embriaguez y que casi siempre se resuelve en una o más muertes, como sucede con más regularidad que la debida en este tipo de producción de la literatura hispanoamericana. ¿Será que estamos todavía tan dentro de una etapa de violencias que el cuento y la novela no pueden librarse de ella? ¿Acaso nuestras miserias se agotan sólo en la muerte? ¿O es que todas nuestras demás tragedias nos son perfectamente naturales? ¿Qué es lo que nos hace desembocar en la muerte como solución única y final?

El lector purista, no obstante los méritos de la obra pondrá reparos a algunas expresiones que el autor, en su afán de acercarse lo más posible a una realidad vívida y trascendente, pone en boca de sus personajes. Aparecen, por ejemplo, en "El ardiente verano", términos y aun construcciones que habrán de condenarse. Pero es que el autor los cree necesarios a fin de ofrecer en todos sus matices ese ambiente híbrido en que viven los compatriotas arraigados de aquel lado de la frontera y que, siendo mexicanos por la sangre, aspiran a disfrutar de un *status* norteamericano y han creado una categoría étnica especial de la que se enorgullecen, y que sólo abandonarían ante la inminencia de una catástrofe. Tal vez no conocen el apotegma de Martí: "Hagamos nuestro vino, y si sale agrio, es nuestro vino..."

C. V. G.

ARTEMIO DE VALLE ARIZPE, *Papeles amarillentos. Tradiciones, leyendas y sucesidos del México virreynal*. Editorial Patria, S. A. México, 1954, 248 pp.

Se trata de una serie de cartas apócrifas que creó la fantasía de Valle Arizpe apoyada en su afecto por las tradiciones, leyendas y documentos históricos del México virreinal. Los corresponsales surgen de diversas épocas. La primera epístola es la de un fraile franciscano que escribe a su familia en tiempos de la fundación de la ciudad de México, la última la redacta un tal Adeodato Lebrija, quien se queja de Fernando VII. Pero el autor del volumen iguala las carac-

terísticas gramaticales de los diferentes redactores, a fin de facilitar su lectura. Y si en los sucesos no hay anacronismos, en cambio un mismo temple de ánimo embarga a las plumas de épocas remotas. Tienen similares puntos de vista, actitudes idénticas ante la vida, un criterio igual para juzgar las cosas de su época, así que causan la impresión de ser un solo testigo puesto en un punto del pasado, o más bien en un pretérito indefinido, y que los arcaísmos son el lugar común, la fuente retórica en que se nutren.

La virtud más desarrollada de Valle Arizpe es la catalogación de las cosas de la Nueva España, que ejerce con amor y espíritu de orden. Y divierte a los lectores en su rebusca de hechos y sucesidos curiosos que en la perspectiva del tiempo adquieren un carácter verdaderamente cómico.

El motivo principal de muchas de estas cartas es la descripción de algunos festejos públicos que tuvieron lugar para asombro de propios y extraños. Las cartas comienzan por una digresión en la que se informa sobre la salud de la familia, estado de fortuna o otras nimiedades por el estilo, para luego entrar en materia histórica. Por ejemplo, el Paseo del Pendón con el que se celebraba la victoria de los conquistadores españoles en la toma de la ciudad de México, o bien alguna fiesta religiosa, como el Corpus. Desde luego, que el lujo de detalles es la característica principal.

En otras, se reviven antiguas pasiones políticas. Así Adeodato Lebrija abunda en adjetivos peyorativos en contra de Fernando VII, lo llama bribón, menguado, marrajo y cobarde, y otras muchas cosas que constituían el color local de nuestro idioma en el siglo XIX. El criollo, Diego de Pastrana, se queja del mal gobierno de los Virreyes, se burla de la Inquisición y predice el triunfo de la causa del cura Hidalgo. Lisandro Balarezo simplemente se divierte con las pragmáticas del virrey Berenguer de Marquina, puritano que aplica todo el rigor de la ley a quienes bailan el "jarabe gatuno", baile popular que comparado con nuestros bailes modernos resulta ingenuo; pero que al Virrey le pareció muy inmoral y calificó sus movimientos de: "impúdicos, agitaciones provocativas, al son de una musiquilla bulliciosa, a cuyo ritmo acelerado se acomodaban aquellos meneos lúbricos y mi! sacudimientos de hombros y caderas, así como los grotescos ademanes, acompañados de mil gesticulaciones chistosas..." A los transgresores se les condenaba

a dos años de cárcel, y a los espectadores sólo dos meses con el mismo castigo; pero la severa ley olvidó a los músicos que acompañaban el baile. Esto hace mucha gracia al comentar.

Por último, otras cartas refieren las calamidades que acontecieron en aquellos tiempos. Una mujer cuenta los sucesos que pasó en Veracruz, cuando el pirata Lorencillo atacó este puerto. A la lista de innumerables sufrimientos se agregan los de un jesuita, quien hace la historia de la *expulsión y trabajos de los jesuitas mexicanos*, quienes después de grandes y penosas caminatas, embarcan para Europa, donde cumplen su condena en los Estados del Papa.

C. V.

MAX AUB, *Algunas prosas*. "Los Presentes". México, 1954. 64 pp.

El autor de estas prosas expone su propia retórica. *Recta retórica* es el formulario que le han dictado sus años de aprendizaje; pero los resultados son contradictorios. Dos líneas de conducta se cruzan: generosidad, egoísmo, y como resultado ofrecen la inconciencia. Primero, dice, hay que: "dar todo lo que se tenga y un poco más, hasta quedar vacío". Y luego, un poco más adelante, contradice su generoso impulso inicial: "Escribo para mí y para olvidarme de mí. Nadie me escucha y no me importa". Reflexiona sobre la utilidad de su arte, en el que sólo ve una manera fácil y agradable de matar el tiempo. Para él, la literatura ha dejado de ser un juego peligroso, para convertirse en una verdadera evasión, la huida de sí mismo. Lejos de todo compromiso, emoción, peligro, se entrega a un duermela de sus facultades: "Sólo se puede escribir cuando se tiene sueño. Escribir sirve para no pensar — y descansar".

Pero no todo es inconciencia, porque no llega al término de sus conclusiones, a una literatura involuntaria del sueño. Siente cansancio, y no arriba al recóndito mundo de los sueños, al que sólo unos cuantos han conquistado. Max Aub se queda en el límite, y se declara por la subjetividad: "Se escribe como se puede; todo sale por una abertura estrecha. Todo es convencional. Lo que cuenta, siempre, son los márgenes, lo que se queda al margen, lo que se pierde."

Se pueden hallar en estas prosas otros ingredientes que no se mencionan en *Recta retórica*, cuya importancia, diré, queda al "margen". Por lo que deben ser puestos, con justicia, en primer término: la fanta-

sía, el color, la ironía. Con estos elementos Max Aub nimba el contorno de la realidad que presenta, y le impone su sello propio, su retórica.

En los cuentos fantásticos: *Muerte, El fin, Ese olor, La gran serpiente, Trampa, Recuerdo*, el lector se sorprende ante los caprichos de la que un tiempo se llamó, la loca de la casa, ya que en estos relatos todos los porqués quedan sin respuesta. Pero ya no agrada este tipo de sorpresa, hoy poseemos un concepto más funcional de la fantasía, le exigimos una finalidad y una lógica propia. La fantasía sin objeto, resulta para nosotros una receta tan anticuada como las sangrías.

En las prosas descriptivas: *Playa en invierno, Amanecer en Cuernavaca, Turbión, Trópico noche*, el color predomina sobre la línea. El toque impresionista que logra es efectivo. Max Aub reparte el condimento, el color, con generosidad, y los perfiles casi se pierden. Sus paisajes están nimbados por una suave niebla emotiva que actúa con eficacia sobre la sensibilidad de los lectores. Aquí, más que citar la posible influencia de un Juan Ramón Jiménez, debemos recordar que la niebla, maestra de los pintores, los enseña a fundir los contornos dentro de un ambiente que acerca a la realidad, a la atmósfera envolviendo los objetos, y a no pintar seres desarraigados de la naturaleza. Pero Max Aub no sólo usa el color en sus paisajes. En *Ese olor*, el olfato es atormentado por un equivalente de la náusea sartriana, es un olor peculiar, indefinible, el olor de la muerte, que aquí por sinestias se transforma en un color que se puede oler. El rojo recorriendo la escala cromática degenera en hedor, y luego en la sensación angustiosa del hombre ante la nada: "Es rojo, rojo pardo, rojo sucio, rojo verde, rojo oscuro, rojo negro, rojo corrupto, rojo carroñoso, rojo basura, rojo fétido, rojo sangre, rojo sinuoso, rojo disimulado..."

Cuando Max Aub encara la trágica pequeñez del hombre frente al infinito, se defiende con la fórmula mágica del buen burgués, la ironía: "Figuraos las reacciones que originaría la inmediata desaparición del cuerpo al escapársele la vida. O, al revés, pensad que los cadáveres permanecieron para siempre incorruptos..." Y también frente al problema del amor mercenario, se burla: "Decidme si conocéis algo más perfecto. ¡Oh maravilla del di-

nero!" El escepticismo completa la fórmula defensiva de la burguesía, ante todo lo que considera un mal insoluble: dejar hacer, dejar pasar.

C. V.

ARCHIBALDO BURNS, *Fin. Los Presentes*. México, 1954. 120 pp.

Es notable el primer capítulo, porque bien podría ser el de otra narración. En un ambiente intelectual y aristocrático, se presentan varios personajes interesantes que no reaparecen, y esto es lamentable, ya que tanto prometen en sus breves existencias. Los Jiménez, el filósofo, y la niña bien, nos niegan su conversación brillante, en la que se plantean los problemas de nuestro mundo en crisis, tal vez, un: "ahí vienen los comunistas", los hizo ir a buscar el olvido en las bebidas del *Versalles*, pocos de sus rasgos nos son revelados; pero a través de sus diálogos adivinamos la redondez y la realidad de sus existencias vívidas. De esta amnesia, sólo se salvan los elementos indispensables para un triángulo amoroso: "Dos hombres y una mujer. Amigos. La mujer es pseudoamante de uno de ellos... ella se acostaba con cualquiera."

Juan y Joaquín se complementan, son los polos opuestos, llevan una amistad demasiado desigual que toca el dintel de la identidad absoluta, son las dos caras de una moneda. Uno encarna la acción y el otro el pensamiento, la luz y la sombra, y tanta simetría produce el efecto de la fusión en un personaje único. Olga no cuenta, es una mujer cualquiera, que sólo adquiere significado a través de las subjetividades de los dos amigos.

La historia que aquí se relata es breve, hay que descontar, aparte del primer capítulo, el segundo que aunque bien logrado, no cuenta para el desarrollo de la narración, así es que propiamente la acción se reduce a los tres últimos, suficientes para afirmar la calidad del autor en un primer libro. Joaquín se ausenta, y el peso de la obra cae sobre la subjetividad de Juan, quien vive sólo para recrear continuamente en su imaginación las existencias de la amada y el amigo. El monólogo se impone, y la mayor parte del tiempo es demasiado abstracto. Al fin el conflicto se soluciona. La mujer muere, y los amigos rompen la amistad.

El drama se presenta sobrio. El autor no se hace ilusiones; no pretende resolver los males del mundo: "El que las cosas se averigüen, nada significa. Nunca son como se quisiera

que fueran. Son, simplemente." Aquí sólo se presenta el conflicto del hombre ante su soledad irremediable. El realismo es la nota dominante.

Archibaldo Burns describe el mundo que lo rodea, la ciudad, las calles que conservan sus nombres. Muchos objetos surgen del mundo de sus recuerdos, y sólo su imaginación los ordena. Pero la creación es auténtica, nos hace olvidar sus defectos. Nos aproxima a una realidad mexicana verdadera, que no es un mero alarde de color local.

C. V.

MANUEL MEJÍA VALERA, *La evasión*. Los Presentes. México, 1954. 20 pp.

El peruano Mejía Valera logra en estos cuentos la única razón de ser de la literatura, la belleza. Este cuentista domina la estética y la gramática. Si bien, su expresión no aspira a metáforas brillantes, en cambio ofrece de principio a fin una calidad sostenida. Un clima emotivo, sin variaciones bruscas, ampara la descripción de estados de ánimo, ya que en estos cuentos poco sucede, y la narración se limita casi a describir los productos íntimos del complicado aparato de la mente humana que imagina los sucesos antes de que éstos sobrevengan. A veces, una acción por realizarse, como un puente entre la imaginación y la realidad, pone el punto final: "tendré que escribir una nota bibliográfica el próximo domingo." O en otro: "Sólo estaré con ella unos minutos. Iré a la reunión del partido." Si encontramos imágenes desligadas, éstas son un esfuerzo por reproducir la realidad interior; pero del caos nace el orden; cada una de las palabras está medida y pesada, como los fragmentos de un rompecabezas; cada elemento filológico contribuye a la redondez de esta creación limpia, pulida, ajustada. La unidad fondo-forma ha pasado por un proceso de severa purificación, nada queda que desentone en el conjunto.

*Apacible venganza*. Un complejo de inferioridad lleva al protagonista al desquite en contra del amigo que envidia, lo embriaga; pero la venganza, arma de doble filo, recae también sobre el vengador. Se narra el estado de embriaguez, en el que se mezclan los sucesos recientes con los recuerdos remotos de la infancia, en donde se originó el trauma que produjo el complejo.

*La evasión*. Otra vez recuerdos de la infancia, escritura automática metáforas deshilvanadas preparan la lucha de un crítico con su conciencia,